

lleva, es la verdad y la vida. Este niño que está en el pesebre envuelto en pobres pañales y rodeado de animales, y que morirá despues en una cruz entre dos ladrones, debe ser nuestro guia. Sigámosle, pues, para que con Jesucristo triunfante podamos entrar en el cielo, que es lo que os deseo. Amen. (1)

(1) Revisado por la censura.

—————

PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

POR EL SECRETARIO GENERAL
DEL APOSTOLADO DE LA ORACION
EN LA NACION MEXICANA.

PUBLICADO EN "EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS."

Ignem veni mittere in terram, et quid
volo, nisi ut accendantur!—Luc. 12. 49.

*Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué
quiero, sino que arda?*

Estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo, al par que encierran una fogosa exhortacion, anuncian una gran profecia comprobada, como todas, con el mas exacto cumplimiento. Arde este fuego traído del cielo por Jesucristo en el pecho de doce pescadores, y las llamas de la predicacion evangélica reducen á pavesas los altares del demonio y sus templos, consumen y borran para siempre los sacrificios judáicos y los gentílicos, ahogan la voz de mentidos oráculos y abrasan la inmunda escoria de máximas filosóficas, leyes y costumbres, que tenian al mundo convertido en un inmenso cenagal de abominables torpezas. Prende el mismo fuego sagrado en las entrañas de millones y millones de mártires que en testimonio de la fe vierten la última gota de su sangre, y el árbol de la cruz con tan fecundo riego se fortifica y extiende sus ramas,

del Gólgota trepa al Capitolio y sombrea los despedazados restos de las divinidades de todas las pasiones haci-
nadas allí por el ateísmo de la vieja Roma. Chispas de este prodigioso fuego encienden en medio de las feroces hordas del Septentrion la luz del Evangelio, inflaman esas valerosas falanges que parten al Oriente á vengar los ultrajes de la religion y la humanidad á un tiempo, enardecen en épocas sucesivas las almas generosas de los Benitos, los Bernardos, los Brunos, los Norbertos, los Franciscos, los Domingos, y la barbárie se domestica, y la supersticion es abuyentada de Europa, corazon del mundo, y la impiedad, las mas impuras y nefandas herejias retroceden, extinguiense, sepúltanse en el horrendo caos que las abortara. Mas ¡ay! que en dia aciago la infame apostasia levanta el grito, el torrente asolador inunda la Germania y amenaza sumergir el mundo en un abismo de sangre y fetidez. ¿Qué importa? si no se ha apagado todavia la hoguera santa, y á la protesta de Lutero responde con su divisa— á mayor gloria de Dios— Ignacio de Loyola con sus hijos, responde la España de Felipe II, (*) que no aspira, nó, á la monarquía univer-

(*) «El prudente y profundo y gran rey Felipe II.

Firme rival del Tánesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flandes, respetado en Trento,

es aun temido por algunos cándidos españoles, eco infeliz de los enemigos de la Iglesia y de España, cual un monstruo abominable, porque

Quando del duque de Alha la guerrera
Espada á los rebeldes combatia,
Hizo cundir por su marcial falanje
Esa calunnia el príncipe de Orange.

(Nocedal, *Discurso necrológico.*)

«Conviene estudiar la historia de aquel tirano, uno de los reyes y de los hombres mas grandes que ha habido en el mundo, y uno de los que mas profundamente han respetado en el mundo la santidad de las leyes.»

(Aparisi, *Restauracion.*)

sal, como mienten preocupados escritores vendidos al error, sino al reinado de Jesus en todo el universo; responde con sus santos, sus doctores, sus capitanes sin cuento, y con fervientes oraciones, con altos rasgos de cristiano heroismo, con la pluma y con la espada, tiene á raya á la herejía en Alemania y Países Bajos, castígala en Francia, combátela y por poco la mata en Inglaterra, mantiénela constantemente alejada de las riberas españolas de este Nuevo Mundo. ¡Oh glorioso é inmortal sacrificio de un pueblo que se desangra, que se aniquila y casi sucumbe á la muerte en defensa de la fe y religion de Jesucristo!

Postrotera gran llamarada ó explosion del fuego celestial encendido por nuestro adorado Jesus en la tierra, el culto de su corazon sacratísimo. Afirno que esta devocion preciosísima es el mas eficaz remedio de las dos graves dolencias que aquejan á la generacion actual, la frialdad y el egoismo. Paso á demostrarlo. Mas antes digamos, *AVE MARIA*, etc. (*)

El monarca del mundo es el amor, y en vano es que nadie le dispute su absoluta y universal soberanía. ¿En qué titulos la funda? En una ley esencial de la naturaleza humana. El hombre, señores ha sido hecho para amar. *Vita cordis*, clama Agustino, el gran padre de las luminosas sentencias, *vita cordis amor est*: la vida del corazon es el amor.

Arranca de tu seno el corazon; por un acto despótico de tu voluntad ahoga y mata en tu espíritu esta voluntad, de cuyas operaciones es el corazon órgano fiel; y solo entonces el amor, como una flor sin jugo ni rocío se secará en tu pecho, como el sonido del timbre metálico encerrado de pronto en el vacío, se apagará.

(*) Al condescender con los deseos de las personas que juzgaron con harta benignidad nuestro humilde discurso, nos hemos tomado la libertad de refundir por completo su exordio: en lo restante no alteraremos en nada nuestra composicion.

Que esta condicion es irrealizable, objetaréis, y sobre irrealizable contradictoria; que del hombre, tal cual lo ha constituido el sumo Hacedor, eliminada la facultad de querer, no resta nada. A este formidable reparo ¿qué he de contestar? Que tenéis razon. Resignémonos, pues, á sufrir este blando tormento del corazon, que así le apellida San Bernardo; inclinemos de buen grado la cerviz al yugo de este dulce tirano, calificativo que le da el Nazianceno; y persuadámonos con el Doctor Angélico, la razon elocuente de las escuelas, que así puede vivir nuestra alma sin amar, como puede existir el fuego sin arder.

Pero cuenta con errar, ciego mortal, en la direccion de tus afectos, en el gobierno de tu espíritu, observaré con el P. S. Agustín. —¿Amas á Dios? este amor te diviniza. ¿Amas el cielo? te conviertes en hombre celestial. ¿Amas la tierra? tierra eres.—Si rebajas tu afición á objetos viles ó infames, te revuelcas en el cieno.

Levanta, pues, el vuelo de tus aspiraciones sobre todo lo criado, y trasponiendo esta mezquina esfera, engólfate en el océano d. luz, de verdad pura, de inefable belleza, de bondad sin límites, y allí encontrarás al digno esposo de tu alma nobilísima, en cuyos brazos siempre satisfecho y siempre mas sediento beberás los raudales del placer mas dulce y casto, en cuyo seno podrás perderte y embriagarte de amor y contentar el deseo insaciable de ese corazon inquieto sin mancha ni desdoro.

¡Oh Dios, sabio autor de mí ser, rey de mis potencias! con qué suavidad atemperas los medios á los soberanos fines de tu gloria, cuando para recabar de la criatura indigente la adoracion y homenajes debidos á tu majestad excelsa, primero en el fondo del espíritu humano ocultas una brasa de amor fácil siempre de inflamarse, y luego no contento con haber impreso á su voluntad la poderosa tendencia hácia un bien ilimitado, provocas, incitas y regulas este espontáneo impulso con la fuerza y sancion de tu mandato santo!

Sin embargo ¿lo creyerais? violentando la natural inclinacion de nuestra alma, conculcando la ley mas anti-

gua dictada por Dios á los hombres, cuyo primer precepto es el amor, anulando sin temor ni vergüenza la nueva ley rubricada con la sangre del Cordero inmolado por el amor, grabada en las tablas de nuestro corazon con el fuego del Espíritu divino que es todo amor, de lo mas hondo del averno surgió en hora menguada una secta audaz, impía, hipócrita y obstinada que nada menos se propuso que derrocar el imperio de Jesucristo, zapando el fundamento del amor. Hombres codiciosos, amadores de sí mismos, altaneros, blasfemos, desobedientes á sus mayores, desagradecidos, malvados, sin corazon, sin benignidad, calumniadores, protervos, que con apariencias de piedad niegan la virtud de ella, segun el retrato trazado de muy atrás por San Pablo, los miserables discipulos de Jansenio, con el engañoso pretexto de vindicar los fueros de la verdad evangélica y resucitar el fervor de las épocas mas florecientes de la Iglesia, enfrente del estandarte de Jesus despliegan el estandarte de Satanás. Impugnada con osadía la sobreexcedente eficacia ó valor de nuestra redencion; injuriado villanamente el amor de Jesucristo en darse á la muerte por la salud del mundo entero; insultada en el sólio mismo de su grandeza la voluntad misericordiosa del Padre en pró de todo el humano linaje; forzado nuestro libre albedrío á la mas brutal esclavitud bajo una impulsión fatal de la gracia; cegadas las fuentes de ella por la imposibilidad práctica de disponerse á la digna percepcion de los Sacramentos; representada como insuperable la dificultad que se encuentra en la ejecucion de los divinos mandamientos, para enervar los brazos de la virtud. ¡Qué cúmulo de errores y horribles blasfemias! ¡qué ódio y ensañamiento contra Dios y los hombres! ¡qué guerra tan encarnizada contra la doctrina cristiana del amor! Sécase el vital humor de la piedad en la tierra de la Iglesia; abandónase el riego de las santas prácticas; estáncanse las corrientes de celestiales dones, perdida por el desuso la frecuencia de los sagrados misterios. Irritados los fieles por la tiranía de una moral impracticable,

despéñanse en la cima de la desesperacion ó del desenfreno; empujan su caída, en vez de tenderles una mano amiga, los pastores mismos convertidos en lobos carniceros, por la infeccion del mortífero veneno, en Francia; lloran los caminos de Sion, porque no hay quien acuda á las solemnidades del Señor y yace su casa desierta. ¡Qué desolacion! Para colmo de infortunios, traída en brazos de la herejía y de la general perversion de costumbres en la citada nacion, preséntase arrogante y descarada la filosofía atea, que bien presto á manera de un rio ancho y caudaloso que en la estacion de las aguas con las frecuentes lluvias aumenta prodigiosamente la mole espantosa de sus aguas, traspasa los acostumbrados márgenes, y con impetu y fragor se estiende á un lado y otro de entrambas riberas, arrasando la fértil y dilatada vega, destruyendo los mas robustos diques, arrastrando con furia en sus revueltas ondas cuanto encuentra al paso, sin dejar en pos mas que inútiles despojos y huellas de devastacion. Así esa falsa y corruptora ciencia, después de haber acabado de estragar el espíritu francés, se desborda y lleva la muerte á todas partes envuelta en emponzoñadas producciones, y no satisfecha aún, con las armas en la mano pasea triunfante la impiedad por los campos de la aterrada Europa, demoliendo los monumentos seculares de la religion, saqueando los tesoros acumulados por la devocion de los fieles, combatiendo las tradiciones venerables de los mayores, desmoralizando sistemáticamente á los pueblos, haciendo por arrancar la fe de los corazones con la predicacion del error y perniciosas instituciones, dejando doquier tras sus pisadas la planta ó la semilla de la incredulidad. Esta fatal semilla derramada por manos pérfidas tambien en este suelo, tardó en brotar, señores, pero al fin tambien en él ha producido sus frutos naturales, la indiferencia y el egoismo. Contra estas dos gravísimas enfermedades de la generacion actual sostengo, que la devocion al Corazon sacratísimo de Jesus es el mejor remedio; y ahora es cuando, dejadas á un lado difíciles consideraciones, entro de lleno en mi

demostracion ceñida á breves términos.

Y ante todo ¿tendria nadie valor para poner en duda la existencia de mal tamaño? Pues qué, cuando los sentidos lamentos de los hombres rectos y amantes del bien de sus hermanos y el regocijado clamoreo y creciente audacia de los jurados enemigos de Dios y su Cristo no lo delatasen á voces ¿nada os dicen ese provocativo desprecio de las cosas santas y ese criminal olvido de los capitales deberes del cristianismo? ¿Nada ese sistemático alejamiento de la casa del Señor de una parte considerable, la mas menesterosa tal vez, de nuestra sociedad, esa insensibilidad y endurecimiento opuesto á las verdades mas conmovedoras y severas de nuestra predicacion, esa ceguera, ignorancia y descreimiento en punto á principios religiosos? ¿Nada esa soltura de vida, ese materialismo práctico, esa postracion del sentimiento moral, ese falseamiento de las ideas de equidad y justicia, esa deplorable falta de dignidad en las conciencias? Y viniendo á esos católicos que blasonan de tales sin serlo, y á esos que lo son pero á medias, razas entrambas á cual mas funesta y detestable ¿no abogan con amarga elocuencia en favor de mi aserto, no subleva vuestras almas generosas ese tenaz empeño de casar la luz con las tinieblas, esas transacciones vergonzosas, esas reprobadas condescendencias, esos simoniacos (*) tratos, esas negaciones de Pedro, esos besos de Judas? ¿No levanta en vuestros pechos las olas de una indignacion justificada la turba de esos ambiciosos Pilatos, que por una baja cobardía echan entre las garras de una sobornada muchedumbre al Hijo de la Virgen; de esos tímidos Nicodemus que solo de noche salen de su guarida para ir á escuchar las lecciones del Maestro; de esos Herodes sin fe, que al mismo Hombre-Dios visiten de loco, como no se preste á obrar en su presencia los milagros que ellos reclaman para desahogo de sus mundanales compromisos? Esa flojedad, esa tibieza, esas fluc-

(*) Claro está y corto ha de ser quien no lo alcance, que hablo en sentido figurado.

tuciones, esas miras rastreras, esos bajos sacrificios del honor cristiano, esa ausencia absoluta de elevadas inspiraciones, esa muerte del pudor en todas las esferas ¿no nos atestiguan, no publican á gritos la degradacion de los espíritus, el resfriamiento de la caridad, la helada indiferencia, en fin, de los corazones y el torpe egoismo, las dos pestilentes llagas de nuestra infortunada sociedad, presagios evidentes de una próxima y total descomposicion?

Estas llagas viene á sanar el Corazon amabilisimo de nuestro Salvador; estos enfermos viene directamente á combatir con todo el empuje y vehemencia del amor divino. Nuestro dueño adorable, que por testimonio del Espíritu Santo nos amó con caridad perpetua, hasta poco ha haciendo como alarde de liberalidad y ostentacion de inagotable riqueza, se habia estado complaciendo en derramar sobre nosotros la abundancia de sus bienes con una esplendidez, con una profusion, y hasta diré prodigalidad tal, que á todo hombre de honrados y caballerosos sentimientos daba confusion y arrebatava: bien asi como un padre amorosísimo y en demasia indulgente, que á trueque de conquistar y reducir el natural discolo ó ingrato de un hijo descastado, pone en juego todos los resortes de la más exquisita ternura, multiplica dádivas, prodiga finezas, perdona, condesciende, previene empeñado en vencer con la fuerza del cariño paternal la resistencia de un carácter rebelde ó maleado, así tambien, pero por más excelente manera, el Hijo de Dios, no bastándole el habernos dado su divinidad por aquel maravilloso consorcio celebrado con la humana naturaleza, nos traspasa el mérito de sus dolores, nos hace merced de su doctrina y ejemplos altísimos, nos regala el tesoro inmenso de su sangre, nos cede á su propia Madre por Madre nuestra dulcisima, todo entero se pone en nuestras manos para guardarnos compañía hasta la consumacion de los siglos en el más venerable misterio, nos comunica el don de la gracia que nos transforma en templos vivos de la Trinidad augusta, y nos lega por herencia el paraíso,

saqueando cielos y tierra, permitidme la espresion, por socorrer nuestra indigencia.

¿Le resta algo más que darnos pueda? Sí, réstale todavía su corazon, y este nos lo entrega talcuallo dejó nuestra perfidia y maldad, todo ceñido y apretado con punzante diadema, rasgado por la herida de una larza traidora, envuelto por un globo de vivas llamas, símbolo de su celo siempre inflamado por nuestra salud.

¿Le resta algo más? Nada, absolutamente nada: ha dado fondo á sus riquezas, ha consumido toda la copia de sus bienes, ha agotado todos los recursos de su caridad, su ser infinito ha dejado exhausto. Díónos su corazon; díónos su amor; el corazon que palpita con todos los afectos del Hombre-Dios, el amor ilimitado de un Dios. Cuanto en lo sucesivo nos diere, no serán mas que precedencias de este Corazon divino, arroyuelos de este manantial perenne, emanaciones de este amor inefable. Su paciencia en sufrir nuestros desdenes y ultrajes es amor; su mansedumbre y benignidad en soportar nuestras flaquezas ó infidelidad es amor; su conmiseracion por nuestras dolencias y trabajos es amor; su constante solicitud en procurar el alivio y consuelo de nuestra alma es amor. Rayos escapados de este foco de amor son la gracia de la penitencia y compuncion, el olvido de nuestras injurias y desprecios, la luz en nuestras dudas, el consuelo en nuestras angustias, la serenidad en nuestras tribulaciones, la resolucion en nuestras perplejidades, el valor y esfuerzo en trances peligrosos, la proteccion segura contra todos los asaltos enemigos. Este mismo amor por fin es quien desde ese humilde trono de gracia y piedad, (*) ante el cual los tronos de la soberbia mundana son miseria y asco, por el esplendor de la Majestad divina que en él se asienta, nos dirige aquella cariñosa invitacion: *Probe, fili mi, cor tuum mihi.*—«Hijo mio, dame tu corazon»—«él solo me basta, sin él el mundo entero y cien mundos que rindieras á mis plantas no me contentaran.

(*) Estaba el Señor Manifesto.

Decidme por vida vuestra, hermanos míos, si las nieblas de la pasión no han cegado por completo nuestra vista; si la vieja costumbre de pecar no ha endurecido más que el diamante nuestra alma; si las cadenas de Satanás forjadas con hierros de vicios no nos han arrastrado todavía al precipicio de la desesperación, preludio de los tormentos y horrores infernales. . . . mas ¡qué digo! si la misericordia del Señor no cierra nunca sus brazos al criminal hasta el instante supremo de la voluntaria final impenitencia y consiguiente reprobación? Pues bien, si arde todavía en nuestros espíritus una centella de fe; si no se han extinguido en nosotros aún los sentimientos de hombre, y nuestro humano ser no se ha transformado en un ser monstruoso disimulado con el disfraz de estos rasgos sensibles que nos dan por individuos no desemejantes á los de nuestra especie, en un ser degenerado que de la noble categoría inferior solamente á la de los ángeles ha descendido á la escala de los brutos sin razón, guiados no más por ciego instinto ¿es posible, hermanos míos, que la memoria de tantos favores y prodigios, la vista de ese Corazón deífico devorado por el amor, martirizado por el amor, abrasado de ansias de enriquecernos con los imponderables tesoros del amor divino, es posible, que no acabe de una vez con ese lamentable desvío ó indiferencia y egoísmo, que no encienda en nuestro seno una chispa de filial gratitud, que no nos arranque un grito de asombro y profundo reconocimiento, que no despierte en ese corazón terreno, nido acaso de tan nefandos amores, consejero de tan criminales empresas, revolcadero tal vez hasta el presente de los espíritus inmundos, que no despierte en él un solo deseo, pero eficaz, un solo propósito, pero enérgico é inquebrantable, de reparar tan abominables excesos y ultrajes tan indignos con que hemos desgarrado las entrañas de nuestro Salvador?

— Si después de tan maravillosos extremos de la bondad divina, después de tan repetidos golpes de la celestial misericordia, el espectáculo de este Corazón lacerado de

ja á alguno duro, frío é insensible todavía y no le derriete en el amor de Jesucristo, nó en ese amor que se traduce en gemidos y lágrimas estériles, sino en amor sólido, basado en el aprecio de nuestra salud y en el santo temor de los divinos juicios, en amor de obras enderezadas todas al fin de nuestra santificación, oiga ese monstruo, oiga vibrar sobre su cabeza el rayo del Apóstol.— *Si quis non amat D. N. Jesum Christum, sit anathema.* Si alguno no amare á N. S. Jesucristo, maldito sea.

No vendrá esta maldición tremenda sobre los fervientes *apóstoles de la oración* que rodean esta cátedra santa, puesto que no contentos con presentar individualmente todos los días ante el trono del divino Salvador el homenaje de un corazón amante y puro por la frecuencia de salutar sacramentos y la observancia fiel de todos los deberes cristianos, se levantan á empresas de más alta preza y unidos en estrecha *Liga*, que del nombre del soberano caudillo que la capitanea, rige y sostiene poderosamente, se apellida del *Corazón de Jesús*, se lanzan con el arma de la oración y el robusto brazo de un celo infatigable en todo género de obras de caridad y piedad católica á las campañas del Señor por la conversión de todos los pecadores, santificación creciente de los justos, gloriosa exaltación de la Santa Sede oprimida hoy y en cadenas, triunfo universal y estable de la Iglesia de Jesucristo.

Triunfe tu piedad, triunfe tu amor de todos y contra todos, oh Corazón de mi adorable Redentor, para que se cumpla la esperanza de nuestro amado Pío IX, que en tí nada más, en el poder de tu atractivo funda la salud de la Iglesia y de esta sociedad perdida en los caminos de iniquidad; para que se calmen y satisfagan aquellas tus abrasadas ansias, cuando decías — Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?

Arda, sí, de un extremo á otro la tierra toda, ardan vuestras almas en la hoguera inextinguible de tu amable Corazón, donde se purifiquen, se trasformen, nazcan á nueva vida y sean desde este bajo suelo elevadas á la sublime esfera donde reina el increado y eterno amor. Así sea.

SERMON
DEL CORAZON DE JESUS,

POR EL
SR. CURA DE LA PARROQUIA DEL STO. ANGEL DE PURELA,
D. J. Joaquin Bazo Ibañez.

Majorum hinc dilectionem nemo habet, ut animam
suam ponat quis pro amicis suis.

Nadie tiene mayor amor, que el que dá su vida por
sus amigos.

Palabras del Evangelio de S. Juan, c. 15 v. 13.

Señores:

Encontrar un amigo fiel, es un hallazgo tan feliz, que el Espíritu Santo califica de bienaventurado al que llega á conseguirlo. *Beatus qui invenit amicum verum.* Un verdadero amigo es un discreto consejero en los negocios árduos y dudosos; un valiente defensor en los peligros y persecuciones; un generoso bienhechor en las miserias y pobreza; un consolador compasivo en las tribulaciones y un compañero inseparable en todos los trabajos. No es menos raro y dichoso el hallazgo de un hermano verdadero. Siendo ley de la naturaleza y de la caridad amarse los hermanos con preferencia á los demás prójimos, son por lo común los que menos se aprecian y se favorecen entre sí. En ningún tiempo ha faltado un Abel sa-

crificado por su hermano Cain, un Jacob perseguido por su hermano Esau, y un Josef vendido por sus once hermanos. Corazones de este carácter no pueden llamarse con verdad corazones de hermanos. Mas ¿qué importa si tenemos un Corazon á quien con todo rigor conviene el dulce título, la denominacion amable de corazon de hermano? porque abrasado en un amor que no ha tenido ni tendrá semejante, dió su vida por sus hermanos y amigos. Este es el Corazon amante de nuestro adorable Redentor Jesus: él es un Corazon de Rey, un Corazon de Hermano, un Corazon de Amigo que se encontró para sí y para todos nosotros el P. S. Bernardo. *Inveni cor Regis* etc. Ya el año pasado en un dia como este, tuve el honor de proponer á vuestra consideracion en este mismo puesto, al Divino Corazon, como Corazon de Amigo: ahora, tanto en las visitas que le hacemos en sus templos, como en las visitas que él mismo nos hace en nuestras casas, corresponde mostrároslo como Corazon de Hermano. *Inveni cor fratris.* Escuchad, pues, el asunto y division de mi discurso: El Corazon de Jesus corazon de hermano, porque cada dia se ofrece como víctima de caridad por la salud de sus hermanos. Punto 1.º El Corazon de Jesus corazon de hermano, porque cada dia se presenta como modelo de santidad para la imitacion de sus hermanos. Punto 2.º La materia es importante; mas para promoverla de manera que aproveche, impletemos los socorros de la gracia. Ave Maria.

Punto primero.

La denominacion de hermano de los hombres con que Jesucristo quiso honrar á nuestra pobre naturaleza, revistiéndose de ella en el seno de una Virgen, no es hueca y vacía de significado: no es una denominacion pomposa destituida de toda verdad y realidad. *Non est in eo magni nominis umbra, sed veritas,* como dice S. Bernar-

do. Jesucristo en efecto cumplió con todos los deberes de un verdadero hermano: se asemejó en todo á sus hermanos, excepto en el pecado, para hacerse misericordioso segun la expresion del Apóstol, y para ser delante de Dios un Pontífice fiel que expiara los pecados de su pueblo. Su corazon compasivo lo obligó á cargarse de los delitos de los hombres, para satisfacer por ellos, ofreciéndose á su Padre víctima de expiacion y reconciliacion por unos hermanos delinquentes é ingratos. Bastaria este imponderable exceso de caridad del Corazon adorable de Jesus, para reconocerlo por el único hermanable y fraternal corazon.

Mas nó, nó paró en el Calvario el extremo de su amor: no solo allí se mostró Jesucristo un amante hermano de los mortales; glorioso ya en el cielo no se avergüenza, dice S. Pablo, de llamarnos sus hermanos, ni se olvida de favorecernos con todo género de bienes: cada dia se ofrece en la mesa del Altar como víctima de caridad por la salud de esos mismos hermanos. Tal es, señores, el Sacrificio augusto que diariamente se celebra en nuestros templos: en él se ofrece á Dios la misma hostia sacrosanta que se inmoló en el Ara de la Cruz. El Sacrificio del Altar es una viva representacion del Sacrificio del Calvario. Allí se verifica una mística efusion de Sangre en el hecho de consagrarse el vino separado del pan, y ponerse bajo de unas especies el Cuerpo de Cristo, y bajo de otras su Sangre. Allí muere Jesucristo en cierto modo, quedando en el Sacramento como muerto sin alguna accion vital, sin el uso de sus potencias y sentidos. Allí en fin, al consumir el Sacerdote las especies, pierde Jesucristo la presencia sacramental que habia adquirido, pierde su ser de comida y bebida, y deja de existir. ¿No es esto sacrificarse diariamente Jesucristo por nosotros? ¿No es ofrecerse cada dia como víctima de caridad por la salud de sus hermanos?

Así es, señores; el Sacrificio de la Misa es para los cristianos un manantial inagotable de las divinas misericordias. Despues de redimirnos por el Sacrificio de la

Cruz de la servidumbre del pecado y del demonio, necesitábamos de un sacrificio de tanta excelencia, que diera á Dios la gloria y el honor que corresponde á su grandeza: de un sacrificio que fuera una digna accion de gracias por el beneficio de la redencion, y por los demás que recibimos de la divina liberal mano: de un sacrificio que nos alcanzara el perdon de las culpas en que diariamente incurrimos, y la satisfaccion del reato de pena que por ella merecemos: de un sacrificio en fin, que nos consiguiera todos los bienes así espirituales como temporales, conducedentes á nuestra eterna salud. Porque aunque Jesucristo satisfizo completamente con su muerte en una Cruz, la justicia de su Padre irritada, y reparó su honor ultrajado por el pecado, quedamos precisados á satisfacer por nuestra parte tan justas obligaciones. Mas ¿de dónde nosotros, pobres y miserables, tendríamos con que socorrer tan urgentes necesidades, si el mismo Señor que nos las impone no nos diera con qué remediarlas?

Jesucristo, en efecto, movido del mas ardiente amor á sus hermanos, en la víspera de su pasion instituyó un sacrificio en que reunió cuantas gracias y favores podíamos apetecer para el cabal desempeño de nuestra gratitud, y para el remedio de nuestras miserias. El Sacrificio del Altar es un Sacrificio de adoracion, de alabanza, de gloria y de honor á Dios, ó como lo llaman los Teólogos, un Sacrificio *latreutico*, es decir, un completo holocausto, un culto perfectísimo de *latría*, con que debidamente se honra á Dios, y se perpetúa el gloriosísimo homenaje que Jesucristo rindió á su Padre sobre la Cruz, y la ilustre reparacion que hizo á la divina Justicia por nuestros pecados. Mas ¿quién es capaz de ponderar y comprender la infinita complacencia que recibe Dios con esta víctima, y por su principal oferente que es su mismo Unigénito encarnado, adornado de una dignidad y mérito infinitos? Es tambien un sacrificio Eucarístico, esto es, un sacrificio de accion de gracias, y el mayor y mas excelente que se puede dar. Porque ¿qué cosa mas santa ni mas agradable podemos presentar á Dios en recom-

pensa de sus beneficios, que su mismo dilectísimo Hijo, que se le ofrece él mismo sobre las manos de los Sacerdotes como una hostia de suavísimo olor? Es igualmente sacrificio propiciatorio: porque aplacado el Señor, dice el Santo Concilio de Trento, con esta oblation, como que es la misma que se le ofreció en la Cruz, concede la gracia y el don de la penitencia, y perdona de consiguiente los delitos y pecados por grandes que sean. Por lo que aprovecha, no solo á los vivos, mas tambien, segun la tradicion de los Apóstoles, á los que han muerto en Cristo, sin estar plenamente purgados. Es por último, sacrificio impetratorio que nos alcanza todo género de bienes espirituales y temporales conducentes á la salud de nuestra alma. Es un sacrificio instituido, segun el citado Concilio, para conseguir la misericordia y hallar la gracia mediante los auxilios oportunos. *Ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Tales son los sublimes misterios que con tanta frecuencia se obran sobre nuestros altares, y tales los saludables frutos que nos produce el divinísimo Sacrificio. Mas no contento con esto el amable Corazon de nuestro Dios humanado, por medio de este sacrificio aplica y dispensa á cada uno de los fieles en particular, el inmenso tesoro de sus méritos que para utilidad comun se granjeó con el sacrificio eruento de la Cruz. A cada cual se le reparten á medida de la disposicion y cooperacion que encuentra en cada individuo. Diga por tanto cada uno de nosotros, y gloríese de poderlo decir con toda verdad: mi Divino Hermano primogénito con indecible caridad se sacrifica diariamente por mí; por mí, honra dignamente á Dios; por mí, le dá gracias; por mí, lo aplaca y le pide incesantemente por mí. ¿Qué, pues, le retribuiremos por todo lo que nos dá? ¿Con qué correspondemos tan insignes beneficios? Le retribuiremos con fé, confianza, humildad y gratitud. Mas esto no basta; es preciso unir nuestros corazones al suyo, y hacerle un completo y estable sacrificio de amor. Así lo ejecutare-

mos si consideramos fuera de lo dicho que el Corazon de Jesus, para acreditarse verdadero corazon de Hermano, se presenta cada dia como modelo de santidad para la imitacion de sus hermanos.

Punto segundo.

Si Jesucristo, como dice S. Pablo, debió asemejarse en todo á sus hermanos, menos en la culpa, para ser misericordioso, y para ser un Pontífice fiel que expiara los pecados de su pueblo; nosotros tambien debemos por nuestra parte cuidar de ser parecidos y conformes á la imágen del Hijo de Dios, para que tenga la gloria de ser el Primogénito entre muchos hermanos. Este es, segun el mismo Apóstol, el fin de Dios predestinando á algunos á esa conformidad ó semejanza con su divino Hijo. *Quos pres civit et predestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* Mas ¿cómo llegaríamos á ser semejantes á Jesucristo, si por un exceso de la bondad de su Corazon no se nos propusiera él mismo como modelo de la santidad que debemos imitar? Esta consiste en la obediencia, en la humildad y en la caridad. Aquel es verdaderamente Santo, que en todo se muestra obediente, humilde y caritativo. Pues ved aquí que el Corazon Sagrado de Jesus cada dia se presenta en el Sacramento del Altar como un modelo perfecto de obediencia, como un modelo perfecto de humildad, como un modelo perfecto de caridad.

Siempre será para los verdaderos cristianos un objeto de asombro y admiracion que la vida mortal de Jesucristo haya sido un continuo ejercicio de la mas heroica obediencia. Su concepcion en cuanto hombre se debió al acto de obediencia con que la Virgen Maria aceptó la embajada del Angel: su nacimiento se verificó en ocasion de ejercitar Maria y José la obediencia al edicto de César Augusto; su vida en la mayor parte la pasó sujeto á sus dichosos Padres: su muerte, en fin, en una Cruz, fué

un acto de la mas perfecta obediencia á la voluntad de su eterno Padre. Pero que este mismo Jesucristo sentado ya á la diestra de su Padre, constituido Juez de vivos y muertos, y triunfante ya y glorioso en el cielo, se muestre mas obediente que nunca á la voz de un hombre, esto es lo que sobrepuja todo pasmo y admiracion. Sí, Jesucristo en el cielo obedece á todos los Sacerdotes buenos y malos: obedece con suma prontitud: apenas el Sacerdote ha proferido las palabras de la consagracion, cuando ya el Hijo de Dios se puso en sus manos. Obedece en todos tiempos, en todos los lugares donde se celebra la Misa, en el mar, en la tierra, en las ciudades, en los pueblos, en las Iglesias magnificas, en las pobres capillas. Obedece en cuanto se quiere hacer con él, ya sea encerrarlo en los Sagrarios, ya llevarlo á los enfermos, ya repartirlo á los sanos. Obedece sin resistencia, sin queja, sin incomodidad. Obedece, por último, para darnos ejemplo y para mostrarnos el excesivo amor que rebosa en su Divino Corazon.

La humildad es compañera inseparable de la obediencia. La de Jesucristo en el Sacramento es extremada y sin limites. En el gran Sacrificio del Altar esconde Jesucristo bajo las humildes apariencias del pan y del vino, su divinidad y aun su humanidad gloriosa. Aquí permanece en un alto silencio y queda como aprisionado entre esas especies. ¡Cuántas veces por el desafecto y negligencia de los cristianos se ve privado de todo honroso aparato, encerrado en vasos ordinarios y en sítios tabernáculos, abandonado de sus mismos ministros! ¿Puede Jesucristo humillarse mas que dejándose conducir á las habitaciones mas pobres, y darse en alimento á las gentes mas viles y despreciables á los ojos del mundo? Puede ser mayor su abatimiento que exponerse en el Sacramento al desprecio de los gentiles, á la irrision de los herejes, al abuso de los supersticiosos y á la profanacion de los sacrilegos? A todo se sujeta por nuestro amor, y por el deseo de que lo imitemos en su profundisima humildad.

Jesucristo, por último, es en el Sacramento ejemplar perfectísimo de caridad. La Eucaristía es el Sacramento del amor. Jesucristo nos hizo este inmenso regalo en circunstancias que todas respiran y anuncian la mútua caridad. Esta nos recomienda sobremanera, ésta quiere que sea la principal divisa que nos dé á conocer por sus verdaderos hermanos, y á lo que reduce lo sustancial de su ley. La caridad es la que lo sacrifica continuamente sobre nuestros altares, la que lo mantiene entre nosotros á pesar de nuestra ingratitud, y la que nos une á su persona comiendo su carne y bebiendo su sangre, no cesando de amonestarnos que así como El quiere hacernos una misma cosa consigo por medio de una caridad la mas tierna, la mas desinteresada, la mas generosa y la mas constante; así nosotros debemos hacernos con nuestros prójimos un solo cuerpo, una vez que participamos de un solo pan, y amarnos como verdaderos hermanos en Cristo. De todo nos ha dado ejemplo Jesucristo, para que así como El se ha portado con nosotros, así nosotros nos portemos con nuestros hermanos. *Exemplum dedi vobis* etc.

Y ya que en este dia se celebra en nuestras Iglesias el Corazon Sagrado de Maria Señora nuestra, tributémosle nuestros obsequios, como que es tambien despues de Jesucristo, corazon de verdadera hermana nuestra. Así sea.